

este gran resbaladero; y el peso é inclinacion de nuestra carne á eso muy grande. No permite la delicadeza de esta virtud que nos acerquemos tanto al daño, y nos pongamos en esos peligros: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus.* II ad Cor. XLVII. Es este un tesoro preciosísimo, y tenémosle depositado en un vaso terrizo, que á un tris no tenemos nada; y así es menester andar con mucha solicitud y diligencia, atajando por todas vias los pasos á todo movimiento desordenado, por donde esta pasión pueda venir á señorearse de nuestro corazón.

De uno de aquellos Padres antiguos se lee (1), que tenia gran don de castidad, y andaba con todo eso con mucho cuidado y recato, aun en las ocasiones pequeñas, en desechar el pensamiento malo luego al principio, en el mirar, en el conversar y tratar. Decíanle sus compañeros: Padre, ¿por qué temes tanto, pues te ha fortalecido el Señor con el don de la castidad? Respondia el Santo: Mirad, si yo hago lo que debo y lo que es de mi parte en estas cosas pequeñas y menudas, el Señor me ayudará para que nunca venga á caer en cosas mayores; pero si yo soy negligente, y me comienzo á descuidar en estas cosas, no sé si me ayudará; á lo menos mereceré que me deje

(1) Esto se cuenta del santo Fr. Rogelio, de la Orden de los Menores, en sus Crónicas, part. 2, lib. 4, cap. 44.

el Señor de su mano, y así venga á caer; y por eso, dice, no me querria descuidar en nada, sino hacer siempre lo que es de mi parte en todas las cosas, aunque parezcan pequeñas y menudas. Y de santo Tomás de Aquino cuenta Surio, que con haber recibido de Dios sobrenaturalmente el don de la castidad, y no sentir ya tentaciones contra ella, y haberle dicho los Ángeles que no perderia la castidad recibida; con todo eso ponía sumo cuidado en guardar los ojos de la vista de mujeres y en cualquiera otra cosa que le pudiese dañar.

Pues así lo tenemos de hacer nosotros si queremos conservarnos en la puridad y perfeccion de esta virtud; y sino podemos temer con mucha razón la caída, y eso es lo que dijo el santo Job, c. xxxi, v. 1, cuando diciendo: *Pe-pigi fœdus cum oculis meis; ut ne cogitarem quidem de virgine*, añadió: *Quam enim partem haberet in me Deus desuper?* Hice concierto con mis ojos, púseles ley que no mirasen mujer, por excusar el mal pensamiento que de ello me podía venir; porque si así no lo hiciera, ¿qué parte tuviera Dios en mí? Como si dijera: Si este cuidado no tuviera de recatarme y huir las ocasiones, y desechar el mal pensamiento, y hacer caso de cosas pequeñas, viniera á caer en algún mal deseo, con lo cual perdiera á Dios.

Hace el demonio en esto como

un ladrón principal cuando quiere robar una casa cerrada, que si ve algún agujero ó ventanilla por donde él no puede entrar, echa un muchacho ladroncillo para que entre y abra la puerta para hacer su hecho: y así el demonio echa los malos pensamientos, y la vista liviana y otras cosillas semejantes, como ladroncillos que le abran la puerta para entrar: y así importa grandemente andar con mucho recato, huyendo y previniendo muy de lejos las ocasiones; y cualquier cuidado que en esto se ponga, será muy bien empleado.

Casiano, l. 6 de inst. renuntiant., c. 7, trae á este propósito aquello del apóstol san Pablo: *Omnis autem, qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet.* I Cor. ix, v. 25. Dice Casiano: Si aquellos atletas que jugaban y corrian en aquellos juegos olímpicos, por no debilitar y disminuir las fuerzas que eran menester para ellos, se abstendian de comidas que les pudiesen dañar, y se guardaban de la ociosidad, y se daban á ejercicios con que pudiesen acrecentar las fuerzas; y no solo eso, sino que para estar mas ligeros y fuertes se ponian en los riñones planchas de plomo, para que ni entre sueños tuviesen movimiento, ni ilusión, ni les acaeciese cosa por la cual se les perdiesen ó disminuyesen las fuerzas y vigor, y todo esto hacian para alcanzar un premio y una corona corruptible y

perecedera; ¿qué será razón que hagamos nosotros para alcanzar esta virtud angélica y celestial, y una corona eterna que ha de durar para siempre jamás? *Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant; nos autem incorruptam.*

#### CAPÍTULO IV.

*Que especialmente en la confesion habemos de hacer caso de cualquiera cosa que sea contra la castidad.*

San Buenaventura, in spec. discip., tratando de la confesion, da una doctrina general y muy importante para todos; dice que se guarden todos mucho no dejen de confesar algunas cosillas vergonzosas que suelen acontecer, con decir, esto no es pecado ó á lo menos no será mortal, y los pecados veniales no estamos obligados á confesarlos; porque han entrado por aquí grandes males, y á muchos les ha sido esto principio de su perdicion. Dios os libre de dar esta entrada al demonio, y de abrirle este portillo, que no ha menester él mas para hacer su hecho: presto, juntándose la vergüenza con la vileza de la cosa, os hará creer que no fue pecado lo que lo era, ó á lo menos habia duda si lo era, y que lo dejéis de confesar; y en gente que ha sido buena, y que no suele tener pecados

mortales, suele reinar mas esta vergüenza cuando les acontece algo; porque como la soberbia y apetito de estimacion nos es tan connatural, y está tan arraigada en las entrañas, revive entonces, y siente uno mucho caer de su reputacion, y perder la buena opinion que tenia de él su confesor, y eso le hace andar buscando razones para persuadirse que aquella bajeza, de que tan afrentado se halla ahora en decirla, no llegaria á pecado mortal, y que así no está obligado á confesarla. Otras veces, ya que del todo no la calle, es causa que la diga tan diminutamente, y por tales términos y rodeos, que casi no se entienda, ó á lo menos no parezca tan grave, que es como si no la dijese; porque lo que se confiesa se ha de confesar claramente; de manera que el confesor entienda la gravedad del pecado: y si uno confiesa alguna cosa de manera que no parezca pecado, ó de manera que no se entienda la gravedad y circunstancia necesaria, es como si del todo la dejase de confesar. Ciégales y engañales la vergüenza, ó por mejor decir la soberbia, para que no se declaren del todo. Poco dolor tiene de sus culpas, ó ninguno, el que aun para decirlas y declararlas á su confesor no tiene virtud: esa vergüenza y afrenta ha de ofrecer uno en recompensa y satisfaccion de la culpa que ha cometido, para aplacar con eso á Dios nuestro Señor; y so-

lo el sentir repugnancia y dificultad en decir la culpa habia de bastar para tenerse uno por sospechoso, y entender que conviene decirla, aunque no hubiese mas en ello que vencer esa repugnancia y mortificarse, y que no salga la carne ni el demonio con la suya, especialmente que hay muchas cosas en esta materia de castidad, que los que no saben piensan que no son pecados mortales, y realmente lo son; y otras hay que no es fácil determinar si llegan á esto ó no, porque son muy dudosas; y esas tambien está uno obligado á confesar, so pena de pecado mortal; de manera que basta estar uno en duda si la culpa llegó á mortal ó no para ser obligado á confesarla, so pena de pecado mortal, y para que no confesándola sea la confesion sacrilega y la comunión tambien. Muchas veces el mismo confesor, por docto que sea, no sabe determinar si llegó á mortal ó no; ¿cómo se ha de atrever el penitente en su propia causa á atropellarlo, y determinarse que no llegaria á tanto, y dejarlo de confesar? En gran peligro se pone este tal, particularmente cuando parece que tiene inclinacion á dejarlo, y querria, si pudiese, deshacerlo, y que no pareciese tanto, por la vergüenza que tiene en decirlo: no me atreveria yo á asegurarle, y no es menester otro testigo mejor que la conciencia propia de cada uno; porque el que se acusa en la con-

fesion de otras cosas menores no puede dejar de quedar con remordimiento viendo que deja de decir aquello que sabe, que es mas que todo esotro, y á la hora de la muerte no os atrevierais vos á dejar de declarar eso. Pues no os atrevais tampoco ahora; porque de esa manera nos habemos de confesar, y hacer siempre todas nuestras obras, como si luego nos hubiésemos de morir. San Gregorio dice, que es señal de buenas almas temer culpa aun donde no la hay: *Bonarum mentium est, ibi etiam aliquo modo culpam agnoscere, ubi culpa non est.* Epist. ad August. resp. 10. Así tambien es señal de no buenas almas el no temer culpa donde hay que temerla.

Algunos dicen: Déjolo por no hacerme escrupuloso. Ese es otro engaño que suele poner el demonio: esto no es hacerse uno escrupuloso; porque menores cosas que esas confiesan y han de confesar los que tratan de virtud, no por necesidad ni por escrupulo, sino por devocion y reverencia del santísimo Sacramento. Es tanta la puridad con que habemos de andar en esto, que aun de lo que no es culpa es consejo de varones espirituales que se acuse uno en esta materia: Acúsome, Padre, que he tenido tentaciones deshonestas. Y si os parece que tuvisteis negligencia en resistirlas, habeislo de decir: Paréceme que tuve alguna negligencia en admitirlas ó en desecharlas, aunque no sea sino muy ligera y muy

venial; y es muy ordinario haber alguna culpa y negligencia en ellas, por ser muy pegajosas; pero aunque os parezca que no habeis tenido culpa, podeis decir: Acúsome que he tenido muchos pensamientos y tentaciones deshonestas, añadiendo: Paréceme, por la misericordia del Señor, que hice lo que era de mi parte, y que no tuve culpa en ello. Como tambien aconsejan que se confiese uno de esta manera de los pensamientos malos que le vienen contra Dios y sus Santos, y contra la fe; y aun de menos que eso dicen que se ha uno de acusar en este materia, como de lo que acontece durmiendo, donde no hay culpa ninguna, porque sin libertad no la puede haber: con todo eso es buen consejo, que se acuse y se humille de esa ilusion, aunque no es de necesidad, no habiendo dado causa ni tenido culpa ninguna en ello; y así los temerosos de Dios usan el reconciliarse de eso antes de comulgar, por reverencia de tan alto Sacramento. Aun allá tratan los teólogos si se dejará por eso la comunión: y dicen que será mas reverencia dejarla para otro dia, si no hay alguna causa particular, como la hay en un religioso cuando comulga toda la comunión, que seria nota si él no comulgase; pero ya que se da licencia para comulgar, es bueno guardar el consejo dicho.

## CAPÍTULO V.

*Cuán vehemente y peligrosa es la pasión del amor, y cuánto la debemos temer.*

Una de las cosas que hay mas que temer es la pasión del amor; porque como es la mas principal y mas vehemente de las pasiones, es mas dificultosa de regir; y así es mayor el peligro que corremos de ser llevados y despeñados de ella. El bienaventurado san Agustin, l. 11 super Genes. ad litter., c. 42, declara bien la fuerza y vehemencia de esta pasión, y cuánta razón hay de temerla, con dos ejemplos graves de la sagrada Escritura. El primero es de nuestro padre Adan. Pregunta el Santo: ¿qué es la causa que Adan obedeció á la voz de su mujer, y quebrantó el mandamiento de Dios, comiendo del árbol vedado? ¿Por ventura fue engañado Adan, creyendo que si comía de aquella fruta seria como Dios, como habia dicho la serpiente á Eva? No es de creer, dice, que siendo Adan dotado de tan alta sabiduría pudiese ser engañado, de manera que creyese tal cosa; y así dice el apóstol san Pablo: *Adam non est seductus; mulier autem seducta in prævaricatione fuit.* II ad Timoth. II, v. 14. No fue engañado Adan, como Eva, de manera que creyese esto; y así nota san Agustin, que cuando preguntó Dios á Eva: *Quare hoc*

*fecisti?* Genes. III, v. 12, respondió ella: *Serpens decepit me, et comedi.* La serpiente me engañó, y así comí. Pero cuando preguntó á Adan no respondió él: La mujer que me dísteis me engañó, y así comí; sino responde: *Mulier quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno, et comedi.* Señor, la mujer que me diste por compañera me dió esa fruta, y la comí. Cobró tanto amor y tanta afición á su mujer, que por no la contristar hizo lo que le pidió. De esa manera fue el engaño de Adan: el amor le engañó; y esto no porque fuese vencido de la sensualidad y concupiscencia de la carne, dice san Agustin; porque entonces no habia esa rebelion en ella, sino llevado de un amor y benevolencia amigable, por la cual algunas veces por contentar al amigo descontentamos á Dios; de manera que por aquí entró el pecado en el mundo, y con él la muerte y todos los trabajos.

El segundo ejemplo es de Salomon. ¿Quién, dice san Agustin, hizo caer á Salomon en tan gran desatino, que viniese á ser idólatra? No es de creer que un hombre á quien Dios habia dado tanta sabiduría creyese que habia alguna divinidad en los ídolos, ni provecho alguno en honrarlos. Pues ¿quién le hizo que viniese á hacer un disparate tan grande, como adorarlos y ofrecerles incienso. ¿Sabeis quién? El amor; y esto dicenslo claramente la mis-

ma Escritura divina: *Adamavit mulieres alienigenas multas de gentibus, super quibus dixit Dominus filiis Israel: Non ingrediemini ad eas, neque de illis ingredientur ad vestras; certissime enim avertent corda vestra, ut sequamini deos eorum. His itaque copulatus est Salomon ardentissimo amore. Cumque jam esset senex, depravatum est cor ejus per mulieres, ut sequeretur deos alienos.* III Reg. XI, v. 1. Amó con ardentísimo amor mujeres idólatras, con las cuales habia Dios mandado á los hijos de Israel que no se mezclasen, porque sin duda los pervertirian, y harian que viniesen á adorar sus dioses. No obedeció Salomon á este mandamiento de Dios, y así le sucedió lo que Dios habia dicho; porque en tomando una mujer de aquellas, edificaba un templo al ídolo que ella adoraba; y en tomando otra, edificaba otro á su ídolo, y así hacia á todas las demás: ellas adoraban allí á sus ídolos, y el rey Salomon con toda su gravedad y sabiduría los adoraba tambien juntamente con ellas, y les ofrecia incienso, no porque entendiase que habia allí que reverenciar, dice san Agustin, sino vencido y ciego del amor: *Ne suas delicias, quibus deperibat, atque diffuebat, contristaret.* Por no contristar sus amores, por dar gusto y contento á las que tanto amaba, el amor pervirtió su razon.

Por esto los Santos y maes-

tros de la vida espiritual nos avisan que nos guardemos mucho de esta pasión, y de todas las ocasiones que nos pueden llevar á eso; que aunque el amor parezca bueno, y sea con personas de mucha virtud y santidad, y aunque el trato y conversacion sea de cosas buenas y espirituales, y parezca á los que así tratan, que se aprovechan y ayudan mucho en su espíritu con la tal conversacion, con todo eso anden con mucho cuidado y recato; porque doctrina es comun de los Santos, y lo trae san Buenaventura, tom. 2 opusc., lib. de profect. relig. c. 27, que el amor espiritual suele fácilmente degenerar y adulterarse, y de espiritual convertirse en carnal y sensual; y aunque al principio sea vino, se mezcla despues con agua, y lo que era bálsamo se falsifica con mezcla de otros licores bajos y viles, conforme á aquello de Isaías: *Vinum tuum mixtum est aqua:* antes ese es el medio y el cebo que el demonio suele tomar para enganar á uno, y llevarle poco á poco donde quiere.

Dice muy bien san Buenaventura, profect. 6 relig. c. 16; Joan. II, v. 10, que hace el demonio en esto lo que dijo el otro arquitecto, que al principio pone el buen vino, y despues lo peor. Al principio les hace creer que todo es devocion y espíritu, y que se aprovecharán de aquella conversacion y familiaridad; y

cuando los tiene ya enternecidos y rendidos, y parece que hay prendas, entonces descubre su ponzoña; fue el cebo aquello primero para cogerlos en el garlito. Y no se cansa el demonio, dice san Buenaventura de entretener mucho tiempo á uno en aquel cebo que parece bueno; todo lo da por bien empleado á trueque de alcanzar despues lo que desea, que es que el amor espiritual venga á parar en carnal y sensual. ¡Oh cuántos, dice el Santo, process. 4 de Relig., cap. 12, han trabado conversacion y amistad con algunas personas, so color de espíritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual, que aprovechaban sus almas con aquello, y por ventura al principio era así, y poco á poco fué desdiciendo y degenerando aquel amor, y comenzaron á tratar pláticas impertinentes y cosas livianas y ridículas! comenzaron en espíritu y acabaron en carne: *Cum spiritu cœperitis, carne consume-mini.* Ad Galat. III, v. 3.

Cuenta Gerson, part. 1, tract. de distinct. verarum à falsis, signo 5, de un siervo de Dios de grandes prendas, así en letras como en virtud, que trataba con una religiosa sierva de Dios santamente, y de cosas provechosas á su alma; pero poco á poco con la conversacion y trato creció el amor: *Sed non in Domino*; pero no en el Señor, sino de tal manera, que no se podia contener de

irla á visitar muchas veces, y estar con ella muchos ratos; y cuando no estaba con ella, apenas podia dejar de estar pensando en ella; y con todo eso estaba tan ciego el buen hombre, que le parecia que no habia allí ningun mal, ni engaño alguno del demonio; porque decia él que no le pasaba por pensamiento cosa ninguna mala, que es una excusa con que muchos se suelen cegar y andar engañados; y así lo andaba este, hasta que le fue fuerza, por cierta ocasion que se ofreció, hacer un camino largo: entonces al apartarse sintió aquel siervo de Dios que aquel amor no era puro ni casto, y que si Dios no le quitara la ocasion con aquella ausencia estaba muy cerca de caer en grande mal; y así dice allí Gerson, tratando del peligro y engaño grande que hay en el amor, que no es oro todo lo que reluce, ni todo caridad lo que lo parece; y refiere de una persona de mucha santidad, que decia que no habia cosa de que tuviese mas temor y mas sospecha que del amor, aunque sea con personas de mucha virtud y santidad, y trae aquello del Sábio: *Est via, quæ videtur homini recta; et novissima ejus ducunt ad mortem.* Prov. XVI, v. 25. Hay algunos caminos que le parecen al hombre derechos, y no son sino muy torcidos, y que van á parar en mal; así, dice, suele ser este camino.

## CAPÍTULO VI.

*De algunos remedios contra las tentaciones deshonestas.*

En la segunda parte, en el tratado cuarto, de las tentaciones, dijimos algunos remedios para estas tentaciones, y otros remitimos á este lugar, de que trataremos ahora. Quanto á lo primero, el medio de la oracion es de los mas principales que la divina Escritura y los Santos nos dan para todas las tentaciones; y el mismo Cristo nos lo enseña en el Evangelio: *Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem.* Matth. XXVI, v. 41. Velad, y orad, porque no entreis en la tentacion. Dice Beda, que así como el ladron en oyendo voces huye, y todos se levantan y vienen á socorrer; así el clamor de la oracion hace huir al demonio, y despierta á los Ángeles y á los Santos bienaventurados para que vengan en nuestro socorro y ayuda. De san Bernardo leemos que viniéndole á robar la castidad, dió voces: Ladrones, ladrones; y con eso huyó el ladron. Pues si al clamor y apellido de los hombres huye el ladron, ¿cuánto mas aquellos tan antiguo como astuto ladron, que procura robar las riquezas espirituales de nuestra alma, huirá á los clamores y apellidos que levantamos á Dios y á sus Santos?

Especialmente es singularísimo remedio para esto el acogernos á pensar en la pasion de Cristo, y escondernos en sus llagas. San Agustin dice: *Nullum tam potens est, et tam efficax medicamentum contra ardorem libidinis, sicut mors Redemptoris mei.* In Manuali, c. 32. No hay medicina ni remedio mas poderoso y eficaz contra las tentaciones deshonestas como pensar en la pasion y muerte de Cristo nuestro Redentor: *In omnibus rebus non inveni tam efficax remedium, quam vulnera Christi: in illis dormio securus, et revivisco intrepidus*: En ninguna cosa, dice, hallo tan eficaz remedio como en acogerme á las llagas de Cristo: allí duermo seguro, y allí torno á revivir. Nota y pondera muy bien un Doctor grave que por eso no dijo el Evangelio que fue herido el costado de Cristo, sino que fue abierto: *Unus militum lancea latus ejus aperuit*, Joan XIX, v. 34; para que entendamos que está abierto el camino para entrar en el corazon de Cristo, y que allí ha de ser nuestro refugio y guarida: *In foraminibus petrae, in caverna macerie.* Cantic. II, v. 14. En aquellos agujeros de aquella piedra, que es Cristo. San Bernardo, *in formula honestæ vite*, pone tambien este remedio, y dice: Cuando sintiéreis esta tentacion, recogeos luego á pensar en la pasion de Cristo, y decid: *Deus meus pendet in patibulo; et ego volupta-*

*ti operam dabo?* Mi Dios y mi Señor está enclavado en una cruz; ¿y tengo yo de darme á deleites y pasatiempos? Como dijo aquel criado fiel, que diciéndole el rey que se fuese á descansar y holgar á su casa, respondió: *Arca Dei, et Israel, et Juda habitant in papilionibus, et dominus meus Joab, et servi domini mei super faciem terræ manent; et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et bibam, et dormiam cum uxore mea? Per salutem tuam, et per salutem animæ tuæ, non faciam rem hanc.* II Reg. XI, v. 11. El arca de Dios, y mi señor y capitán Joab están en el campo, y debajo de tiendas; ¿y téngome yo de ir á comer y á holgar á mi casa? Nunca Dios tal quiera. Así habemos de decir nosotros: Vos, Señor, estais en esa cruz, y pagais ahí los deleites que los hombres toman pecando; no quiero yo tomar placer tan á costa vuestra.

Otros se ayudan en estas tentaciones de la memoria y consideración de los Novísimos, conforme á aquello del Sábio: *In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.* Ecli. VII, v. 40. En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás. Unos se aprovechan de la consideración del infierno, ponderando aquello que dice san Gregorio: Un momento dura lo que deleita; y eternamente lo que atormenta. Ahondar en aquella eternidad, en aquel para

siempre jamás, mientras Dios fuere Dios, es medio muy eficaz para no pecar, conforme á aquello del Profeta, *Psalm. LIV, v. 16: Descendant in infernum viventes*: bajar ahora vivos al infierno con la consideración ayuda para no bajar allá despues de muertos. Otros se ayudan de la consideración de la gloria, pareciéndoles desatino, como lo es, por un breve deleite trocar á Dios, y perder la gloria para siempre. ¿Y qué mayor locura puede ser que dejar de hacer lo que nos manda Dios, convidándonos con la gloria por ello, por hacer lo que el demonio quiere convidándonos con el infierno por ello? Otros sienten mucho provecho, acordándose de la muerte y del juicio final: todas son muy buenas consideraciones: cada uno ha de acudir á aquello en que sintiere mas provecho, y unas veces lo sentirá en uno, otras en otro, y así nos habemos de ayudar de todo.

Tambien ayudará mucho en estas tentaciones hacer la señal de la cruz en la frente y en el corazón, y llamar con devoción el santo nombre de Jesús, y se han visto efectos admirables con esto, y milagros muchos que tenemos en las historias. La devoción de Nuestra Señora para todos ayuda; y así no ha de haber nadie que no la tenga y acuda luego á esta soberana Virgen con mucha confianza; porque no puede dejar de ser misericordiosa,

la que tuvo por espacio de nueve meses encerrada en sus entrañas la misma misericordia. Al fin es madre de misericordia y abogada de pecadores, á los cuales ama, porque ve cuánto su Hijo los amó, y por cuán caro precio los compró; y sobre todo esto ve que los pecadores fueron ocasión de que el Verbo eterno tomase carne en sus entrañas, y ella fuese Madre de Dios, y por esto los mira con ojos mas piadosos, é intercede por ellos á su Hijo, y alcanza de él todo lo que quiere; porque ¿qué podrá negar el Hijo á su Madre, y tal Hijo á tal Madre? De donde vino á decir san Bernardo, serm. 4 de Assumpt., aquella sentencia tan célebre: *Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, si quis est, qui invocatam te in necessitatibus suis sibi meminere defuisse*: Calle tus alabanzas, Virgen gloriosa, el que te hubiere invocado en sus trabajos y necesidades, y se acordare no le haber acudido. Pero aunque para todas las tentaciones y ocasiones es este remedio muy eficaz, eslo muy particularmente para esta de que vamos tratando, por agradarle tanto á la purísima Virgen la pureza y castidad. Algunos Doctores dicen que la pureza virginal tan subida que tuvo san Juan Bautista (que dicen que ni aun pecado venial tuvo contra ella) le vino de la visita de esta Señora, que estuvo tres meses con santa Isa-

bel. Aquella fue visita corporal y espiritual, dice san Ambrosio, l. 2 sup. Luc. ix. *Non enim sola familiaritatis est causa, quod diu mansit; sed etiam tanti vatis profectus*. Y si de la primera visita se siguió tan grande bien, que el niño se regocijó en el vientre de la madre, y quedó santificado, y santa Isabel fue llena del Espíritu Santo en oyendo la salutación de la Virgen; ¿cuál pensais, dice, que seria el fruto y provecho de la presencia y conversacion de tanto tiempo? El Padre maestro Ávila, c. 14 del Audi filia, dice haber visto muchos efectos y provechos notables en personas molestadas de esta tentación por medio de la Virgen nuestra Señora, por rezarle alguna cosa cada dia en memoria de la limpieza con que fue concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió y parió al Hijo de Dios; y son muy á propósito para esto aquellos versos que le canta la Iglesia: *Post partum, Virgo, inviolata permansisti: Dei Genitrix, intercede pro nobis. Virgo singularis inter omnes mitis, nos culpis solutos, mites fac et castos*: donde poniéndole delante su inmaculada y perpétua virginidad, le pedimos nos alcance esta virtud, para que así agrademos á ella y á su preciosísimo Hijo.

Tambien es muy buen remedio la devoción con los Santos y con sus reliquias. Cuenta Cesario, l. 18 Dialog., c. 68, una cosa que di-

ce se la contó el mismo á quien le pasó, que fue un religioso de su Orden cisterciense, llamado Bernardo. Este antes de entrar en la Religion, yendo cierto camino, dice que llevaba consigo colgada al cuello una cajita de reliquias de los santos mártires san Juan y san Pablo: yendo su camino, vínole una tentacion deshonesta: él entonces no miraba tanto en eso, y descuidábase de resistir á la tentacion, y de sacudir de sí aquellos malos pensamientos que le venian, y comenzaron las santas reliquias con su cajita á darle golpes en los pechos; y con todo eso no caia en la cuenta, ni echaba de ver en aquello; y como cesase la tentacion, cesaron tambien los golpes. De ahí á otro poco tornó la tentacion, tornaron luego los golpes de las santas reliquias, como si le dijeran que advirtiese y desechase de sí aquellos malos pensamientos. Entonces cayó en el aviso y recuerdo que le daban, y procuró con diligencia resistir á la tentacion.

Tambien es muy buena devocion, y ayuda mucho para esto, visitar muchas veces el santísimo Sacramento del altar, y pedir allí al Señor ayuda y favor para salir con victoria; y sobre todo el recibir á menudo este santísimo Sacramento es singularísimo remedio, conforme á aquellas palabras del Profeta, *Psalmo XXII, v. 5: Parasti in conspectu*

*meo mensam adversus eos, qui tribulant me: Preparaste, Señor, delante de mí una mesa, la cual me da virtud y fortaleza contra todos los que me persiguen. Para todas las tentaciones, dicen los Santos, que es este gran remedio; pero particularmente para vencer las tentaciones de la carne, y conservar la castidad; porque este divino Sacramento mitiga el *fomes peccati*, disminuye y apaga los movimientos de la carne y los ardores de la concupiscencia, como el agua al fuego, dice san Cirilo, y trae para esto aquello del profeta Zacarías, ix, v. 17: *Quid enim bonum ejus, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines?* De lo cual dijimos en su lugar, part. 2, trat. 8, c. 10.*

#### CAPÍTULO VII.

*Que la penitencia y mortificacion de la carne es muy propio y principal remedio contra esta tentacion.*

El bienaventurado san Jerónimo dice: *Ardentes diaboli sagitte, jejuniorum, et vigiliarum rigore extinguendæ sunt.* (Epist. ad Furiam). Los ardientes y encendidos deseos y movimientos de la carne, con vigiliass y ayunos, con penitencias y asperezas se han de refrenar y apa-

gar; y así lo hacia él. Y de san Hilarion cuenta el mismo san Jerónimo, que siendo fatigado de tentaciones de carne y de pensamientos torpes, se airaba con su cuerpo, y deciale: Yo te haré, asnillo, que no tires coces, porque te quitaré la cebada, y te daré solamente paja; matarte he de hambre y de sed: pondréte cargas pesadas, fatigarte he con calores y hielos, para que así pienses antes en la comida que en la lascivia. Remedio es este muy encomendado de los Santos, y muy usado de los siervos de Dios, aun sin sentir esta guerra.

En las Crónicas del bienaventurado san Francisco se cuenta, 1 part., lib. 7, cap. 32, que preguntó uno á un santo varon por qué san Juan Bautista, siendo santo desde el vientre de su madre, se fué al desierto, é hizo allí tan estrecha penitencia, como dice el sagrado Evangelio. Respondió el Santo: Dime, tú, ¿por qué á la carne, estando fresca y muy buena, le echan sal? Respondió el otro: Porque mejor se conserve, y no se corrompa. Pues así, dice, el glorioso Bautista se saló con la penitencia; porque su santidad se conservase mejor sin alguna corrupcion de pecado, como la Iglesia lo canta: *Ne levi posses maculare vitam crimine lingua.* Pues si aun antes de sentir estas tentaciones, en tiempo de paz, con-

viene usar este ejercicio de penitencias y mortificaciones, ¿cuánto mas convendrá en tiempo de guerra? Santo Tomás dice, 2, 2, quæst. 115, art. 1 ad 3, y lo trae de Aristóteles, 23 *Æthic.*, que *castitas dicitur à castigatione*: Del castigo se dijo castidad; porque con el castigo del cuerpo se ha de refrenar el vicio contrario; y dice que los vicios deshonestos son como los muchachos, que han menester azote, porque les falta la razon.

Y si de este mal tratamiento del cuerpo se sigue la flaqueza ó daño á la salud corporal, responde el mismo san Jerónimo en otra parte: *Melius est eis stomachum dolere, quam mentem*: Mas vale que duela el estómago que el alma; y mejor es que tiemblen los piés de flaqueza que no que vacile la castidad, aunque siempre es menester discrecion: y así se han de medir estas cosas conforme á las fuerzas y á la tentacion y peligro de cada uno; porque una cosa es ser la guerra tan grande, que pone al hombre á riesgo de perder la castidad, y entonces á cualquier riesgo conviene poner el cuerpo, por quedar con la vida del alma: *Extremis morbis extrema, et exquisita sunt remedia*, dicen allá los médicos: Cuando la enfermedad es mortal, y se ve que va ya acabando á uno, hácese remedios exquisitos y extraordinarios; así ha de ser tam-